

Alberto
Vázquez-Figueroa

La
ordalía del
veneno

En "La ordalía del veneno", El autor puso en la mente de su protagonista, un catedrático jubilado, la ocurrencia de sustituir la energía eléctrica que gastan las plantas tradicionales en propulsar el agua de mar a las membranas que la desalan, por la fuerza de la gravedad. El razonamiento es el siguiente: puesto que la presión que se necesita para impulsar el agua es de setenta atmósferas y cada diez metros de profundidad la gravedad aumenta una atmósfera, un pozo de 700 metros de profundidad bastaría conseguir la presión necesaria sin gasto de energía eléctrica. Sin duda, una de las grandes novelas de aventuras escritas por su veterano autor.

¿Sabe usted lo que es una ordalía?

No. Veo que no lo sabe.

Pero no se preocupe; en realidad es una palabra que casi nadie conoce, puesto que cayó en desuso desde que las ordalías dejaron de practicarse en Europa, allá por las postrimerías de la Edad Media.

Aun así, en algunos países primitivos continúa constituyendo una práctica común, y en Benin, que es por esencia el país de los venenos, sigue siendo una forma habitual de impartir justicia.

Y es que una ordalía no es en realidad más que lo que pudiéramos llamar un «Juicio de Dios», es decir, que cuando no existe forma humana de demostrar la inocencia o culpabilidad de un reo, se le somete a una difícil prueba. Si queda vivo se supone que es inocente; si resulta muerto se supone que «era» culpable.

Estará preguntándose a qué viene todo esto, pero lo cierto es que al encontrarse ante esa imposibilidad de establecer si es usted culpable o inocente, he optado por someterle al más inapelable de los juicios: la Ordalía del Veneno, para que sea Dios quien decida.

¿Loco...? Sí, es muy probable que esté algo loco, pero al fin y al cabo... ¿quién no lo está en los tiempos que corren?

Extracto del sumario.

CAPÍTULO PRIMERO

Se apagaron los focos. Julia cerró los ojos, permaneció con ellos fuertemente apretados durante poco más de un minuto, permitiendo que se acostumbrasen a la recién estrenada penumbra, y al abrirlos no le sorprendió descubrir que el «Señor Ministro» abandonaba el estudio sin despedirse.

Se lo agradeció puesto que tampoco ella estaba de humor para despedidas.

Con la mirada perdida en el ir y venir de regidores, cámaras y tramoyistas, repasó mentalmente cuanto había dicho y oído durante la media hora anterior, y alargando la mano bebió un sorbo de agua del vaso que descansaba sobre la mesa, como si con ello pudiera librarse del mal sabor de boca que le había dejado la entrevista.

No le sirvió de mucho.

Y es que no era amargor de boca, sino acidez de estómago lo que en verdad sentía, tal vez vergüenza de sí misma, o una casi indefinible sensación de asco e impotencia.

—¿Te ocurre algo?

Se volvió a Sebastián Centeno, que había tomado asiento en la butaca que ocupara hasta unos instantes antes el «Señor Ministro», y no pudo por menos que expresar en voz alta sus pensamientos.

—Es un cerdo —masculló—. Un cerdo y un mentiroso.

—Todos los políticos mienten —fue la sencilla respuesta carente de acritud—. ¿O es que no te habías dado cuenta?

—Naturalmente —admitió Julia al tiempo que encendía un cigarrillo y le ofrecía otro a su interlocutor, que lo rechazó con un gesto casi imperceptible de la mano—. Se supone que la primera obligación de todo político es mentir, pero es que éste se ha pasado. Me hizo sentir incómoda.

—Se notaba —puntualizó el otro sonriendo con desgana—. Pero no te preocupes; procuraré enfocarte lo menos posible.

—¡Ya...!

—Siempre insistes en que lo que importa es el invitado —fue la sencilla explicación—. Y te garantizo que tu expresión era todo un poema.

Julia, a la que se diría con la mente puesta aún en la entrevista que acababa de mantener y de cuyos efectos aún no conseguía recuperarse, observó a su amigo como si no acabara de entender de qué le estaba hablando.

—Es que cada día me cuesta más fingir —replicó al fin volviendo a la realidad.

Sebastián Centeno, que conocía a Julia Andrade desde el muy lejano día en que ingresaron juntos en la Escuela de Periodismo, y que había sido el «realizador» de casi todos sus programas durante los ocho últimos años, comenzó a rellenar de tabaco una diminuta cachimba al tiempo que negaba con la cabeza.

—No es que te cueste más fingir —puntualizó—. Es que ya no te impresionan las cámaras. —Le guiñó un ojo—. Ni los ministros... No estás tensa, y por lo tanto tu expresión refleja lo que sientes. Y hoy sentías asombro.

—Rabia —le corrigió—. Sentía rabia, furia o indignación. —Julia lanzó un hondo suspiro, recapacitó sobre lo que estaba diciendo y añadió como si con ello pudiera disculpar el haber actuado de una forma tan poco profesional—. La misma rabia y la misma indignación que siente en estos momentos la mayoría de los ciudadanos de este país.

—Pero tú no eres la voz de los ciudadanos del país —le hizo notar su realizador—. Puede que seas su rostro, pero

no su voz.

—Lo sé —admitió ella—. Si lo hubiera sido le habría gritado que era un estúpido al imaginar que millones de espectadores se estaban tragando sus patrañas.

—Habría resultado francamente divertido —replicó el otro encendiendo con parsimonia su ridícula cachimba.

—¿Qué habrías hecho?

Sebastián Centeno observó a su amiga y compañera de profesión como si le sorprendiera que pudiera hacer semejante pregunta, ya que a su modo de ver tan sólo existía una respuesta válida.

—Cortar en el acto —reconoció—. Con uno que pierda el empleo basta.

—Tal vez por eso no lo hice —musitó ella con amargura—. Sabía que cortarías.

—¿Qué otra cosa esperabas?

—Nada —fue la desganada respuesta—. Hace años que no espero nada de nadie. —Apagó el cigarrillo, pero casi al instante encendió otro como si el hecho de no tener uno en la mano le impulsara a sentirse desamparada—. En realidad no espero nada ni siquiera de mí misma —concluyó.

Sebastián Centeno se preguntó una vez más si aquella hermosa mujer a la que media España admiraba y la otra media envidiaba, tenía algo en común con la tímida y un tanto mojigata provinciana que conociera veintiún años atrás, y acabó por admitir que aunque seguía teniendo unos ojos profundos y expresivos y una atractiva figura, el rictus de amargura que se dibujaba ahora en sus labios le hacía perder gran parte del irresistible encanto que derrochara antaño.

—Fumas demasiado —masculló sin venir a cuento—. No parabas de carraspear ante el micrófono.

—Lo sé y debería dejarlo, pero es que ese cretino me ha puesto nerviosa.

—No es sólo él. —Le guiñó nuevamente un ojo en un gesto de muda complicidad—. Es que está a punto de ve-

nirte la regla... —Ante la mirada de sorpresa que le dirigió, no pudo por menos que encogerse de hombros como si fuera un hecho que careciera de importancia—. Lo noto por el modo en que te cae el pelo. La cámara descubre cosas que el ojo no ve.

No pudo añadir nada más porque el teléfono que se encontraba sobre la mesa comenzó a repicar como si el hecho de saltar sobre el cristal lo pusiera al borde de la histeria, y lo observaron como si supieran —y de hecho lo sabían— que tan intempestiva llamada no presagiaba nada bueno.

—¡La jodimos!

—Puede que no sea él.

—¿Quién si no?

Fue Julia quien se decidió a descolgar, y a su acompañante le bastó observar su expresión para comprender que al otro extremo del hilo se encontraba quien ambos habían supuesto.

—Sí... Soy yo —admitió la locutora con un inequívoco tono de fastidio en la voz—. ¿Y qué querías que hiciera, que le besara? —Le sacó la lengua al auricular al tiempo que bizqueaba cómicamente—. ¡Está bien! —añadió—. Ya voy. —Colgó, dio una nueva chupada a su cigarrillo, expulsó violentamente el humo y se puso en pie de un salto al tiempo que señalaba—: «Su Excelencia» ha concluido de visionar una grabación en la que la entrevistadora le ha parecido insolente, y el realizador malintencionado al sacarle primeros planos en los que se le advertía ojeroso.

—¿Y yo qué culpa tengo? —se lamentó el desconcertado Sebastián Centeno—. Las ojeras son tuyas. Y cuando no le saco primeros planos también se queja.

Julia Andrade se encogió de hombros mientras se encaminaba hacia la gruesa puerta de un plato del que ya había desaparecido la totalidad de los cámaras y tramoyistas, al tiempo que replicaba con manifiesta acritud:

—Pues el Gran Jefe «te ruega» que antes de irte subas a explicárselo. —Sonrió con ironía—. Por lo visto pretende

que todos «sus políticos» sean guapos, simpáticos e inteligentes.

Alzó la mano en muda señal de despedida para desaparecer dejando a su compañero tan malhumorado que éste necesitó pensárselo largo rato antes de hacer cualquier gesto que no fuera aspirar de una cachimba cuya cazoleta apenas contenía tabaco para un par de caladas, puesto que presentía que aquél llevaba camino de convertirse en uno de los ya incontables días en que tendría que hacer un supremo esfuerzo para no mandar a Fernando Baeza al infierno y regresar a Cáceres, a ponerse al frente de la ferretería de su padre.

La sola idea de tener que aceptar humildemente las reprimendas de alguien al que aún recordaba vagabundando por los pasillos, le revolvía el estómago, y una vez más se vio obligado a preguntarse cómo era posible que semejante arribista dirigiese los destinos de un canal de televisión sin otro mérito que su desorbitado servilismo.

Aquella basura humana salida de Dios sabía dónde, había conseguido que le nombraran sucesivamente director de informativos, jefe de programación, adjunto a la dirección y, por último, director de cadena, sin haber tenido jamás una sola idea original, haber escrito una sola línea o haber montado un solo programa.

«¿Cómo?» y «¿Por qué?».

Sebastián Centeno sabía que eran esas preguntas a las que jamás conseguiría dar respuesta, pero que le dejaban tan desconcertado como podría sentirse un viejo león africano que de improviso descubriera que una hedionda hiena cojitranca había pasado a convertirse en dueña de la selva.

¿Qué día dejó aquel viscoso caracol de avanzar reptando para atreverse a mostrar por primera vez los cuernos fuera de su caparazón, y quién le tomó cuidadosamente por ese caparazón para colocarle allí donde jamás habría conseguido llegar por sus propios méritos?

¿Cómo se las ingenió para dar tan prodigioso salto, pasando de no tener ni tan siquiera una silla en la que sentarse, a apoltronarse en un gigantesco despacho con tres atractivas secretarías a sus órdenes?

Curiosamente, y desde tiempos muy remotos, la importancia de los «Jefes de la Casa» se había medido por el hecho de que su despacho fuera de humilde suelo de baldosas, dispusiera de una pequeña alfombra, o se encontrara realmente enmoquetado de pared a pared, pero cuando se penetraba en el de Fernando Baeza, no sólo se pisaba una mullida moqueta roja, sino que, además, encima se habían extendido alfombras persas que ningún otro director de cadena se había atrevido a exhibir con anterioridad.

Aquél había sido sin duda el mayor logro no político de Fernando Baeza en cuatro años al frente del canal: alfombras persas en un prodigioso despacho en el que incluso contaba con cinco aparatos de televisión y su propia mesa de comedor, pero a Sebastián Centeno le constaba que tendría que tomar asiento en una de las butacas que se encontraban a más bajo nivel que la que ocupaba el Gran Jefe, para aceptar que le «explicase» una vez más cómo se realizaba una entrevista a un ministro si no quería verse vendiendo clavos en una ferretería cacereña.

¡Hijo de puta!

Se escucharon unos leves golpes en la puerta, ésta se abrió y le sorprendió enfrentarse a la cómplice sonrisa de Mauro Ortega, del que podría decirse que era el único ser humano de este mundo que no había cambiado un ápice en más de veinte años y aún seguía siendo el atractivo «enviado especial» que volvía locas a las muchachas cada vez que se colocaba ante una cámara en mitad de un tiroteo.

—¿Se puede? —inquirió el recién llegado con la engañosa timidez que constituía una de las peculiaridades más características de su compleja personalidad, y de la que tanto provecho había demostrado saber sacar en esta vida.

Sebastián Centeno acudió a abrazarle con afecto, consciente de que aquélla sería probablemente la única alegría que le depararía la difícil jornada, puesto que Mauro Ortega era una de las contadas personas que le hacían evocar los felices tiempos en que su profesión aún le fascinaba.

—¡Naturalmente! —exclamó—. ¡Pasa, pasa...!

Se observaron como lo que en realidad eran: dos viejos compañeros de aventuras con infinidad de recuerdos comunes a los que la vida había ido separando sin que ninguno de ellos fuera capaz de señalar exactamente los auténticos motivos.

—Hacía años que no te veía por aquí —le hizo notar.

—Lo cual ha hecho mucho en beneficio de mi salud mental —fue la humorística respuesta del recién llegado al tiempo que hacía un amplio ademán como pretendiendo abarcar la totalidad del estudio—. La Santa Casa es una amarga droga que acababa contigo sin haberte proporcionado un solo momento de auténtico «éxtasis». Por suerte, ya ni siquiera siento «el mono».

—Pues procura que no te vuelva —fue la respuesta—. ¡Ojalá yo también lo hubiera dejado en su momento! —Sebastián Centeno hizo un significativo gesto con el dedo hacia lo alto—. Julia está con el Gran Jefe —añadió—. No creo que tarde.

—¿Algún problema?

—Nada que no pueda solucionar. —Le golpeó cariñosamente el brazo—. No hay muchas caras como la de tu mujer.

El otro pareció desconcertarse y casi ofenderse, por lo que el realizador se vio obligado a añadir divertido:

—¡Oh, vamos! —le tranquilizó—. Hablo en términos puramente profesionales.

—¿A qué te refieres?

—A que Fernando la necesita, no sólo porque es nuestra mejor entrevistadora, sino sobre todo porque es «creí-

ble» y eso es algo que en estos momentos vale todo el dinero del mundo.

—¿«Creíble»? —repitió Mauro Ortega desabridamente—. ¿Qué quieres decir con eso de «creíble»?

—Que a Julia le pones una cámara delante y diga lo que diga, la gente se lo traga —le hizo notar su amigo—. Ejerce una fascinación especial sobre los espectadores porque tiene una «expresión honrada».

—¡Es que es «honrada»!

—Lo sé mejor que nadie, puesto que la conozco incluso antes que tú —fue la curiosa explicación—. Pero hay mucha gente honrada que no lo parece. Sin embargo, Julia «convence», y si se dedicara a anunciar desodorantes, nadie apestaría.

—¿Y qué tiene eso de malo? —inquirió su interlocutor en cierto modo ofendido, puesto que al fin y al cabo estaban hablando de la mujer con la que llevaba diecisiete años casado—. Lo dices en un tono que obliga a pensar que está cometiendo un delito.

Sebastián Centeno comenzó a rellenar de nuevo su pintoresca cachimba como si necesitara un tiempo para reflexionar, y acabó por asentir con cierta desgana.

—Tal vez tengas razón —se vio obligado a reconocer—. Tal vez yo sea de la opinión de que en esta jodida profesión no resulte honrado tener cara de honrado.

—¿Se puede saber de qué coño estás hablando?

—De que en televisión ciertas noticias deberían darlas tipos torvos y malencarados, para que la gente se diera cuenta de que están mintiendo.

Mauro Ortega, que se había aproximado a una de las cámaras, la estudiaba con especial atención, e incluso la acariciaba como si se tratara de un valiosísimo objeto o una mujer especialmente atractiva, alzó el rostro al replicar:

—La mayoría de los que se sientan frente a un televisor ni siquiera se darían cuenta de lo que es verdad o mentira aunque se lo gritaran —sentenció, y luego indicó con un

gesto de la barbilla la cámara—. ¿Cuánto habríamos dado por tener algo así en aquellos tiempos...?

—¿Y de qué nos hubiera servido? —fue la escéptica respuesta—. Las cámaras no tienen talento y únicamente reflejan lo que se les pone delante.

—Pero es que nosotros teníamos talento. —Lanzó un hondo suspiro evocando una juventud que parecía haber quedado muy atrás, y sonriendo con una cierta amargura, añadió—: La censura nos obligaba a agudizar el ingenio, pero con la libertad llegaron los concursos y las películas en que todo eran culos y tetas, y ya no hace falta imaginación. Basta con cámaras que fotografíen bien esos culos y esas tetas.

—¿Echas de menos la dictadura?

—¡Oh, no! ¡Naturalmente que no! —se apresuró a replicar el otro—. Pero sí echo de menos una época en que nos enviaban a recorrer el mundo en busca de grandes reportajes aunque tuviéramos que jugarlos la vida. Ahora la mayor parte de las noticias se refieren a corrupción política, y para eso no hace falta viajar.

—Todo tiene una edad. Y todo cansa.

—¿Acaso prefieres quedarte entre estas cuatro paredes realizando un programa de mierda?

Por la mente de Sebastián Centeno cruzó como un relámpago la escena de la noche en que los rebeldes angoleños les obligaron a cavar sus propias tumbas asegurando que los fusilarían al amanecer, y concluyó por asentir con un gesto.

—Ahora tengo cuatro hijos y un pellejo que cuanto más viejo, más aprecio. Aparte de que el programa no es ninguna mierda, ministros aparte...

Se diría que aquella última frase inquietaba a su interlocutor, que se agitó como si acabara de picarle una avispa.

—¿Qué pasa con el ministro? —quiso saber.

—Que es un imbécil. —Sebastián Centeno sacudió la cabeza al tiempo que encendía una vez más la cachimba

observando a su compañero de aventuras por encima de la cerilla—. Ha robado o ha permitido que sus subordinados roben miles de millones de los fondos reservados, y ahora intenta convencernos de que no tiene responsabilidad alguna. ¿Quién la tiene entonces? ¿Yo, que me veo obligado a malvivir con un sueldo de mierda?

—Le traicionaron.

—Curiosamente a los políticos siempre les traicionan sus hombres de confianza. Y sólo lo admiten cuando la prensa lo descubre...

Le interrumpió la aparición de una desencajada Julia Andrade a la que parecían a punto de saltársele las lágrimas, y que sin reparar en la presencia de su marido colocó las palmas de las manos sobre la mesa y apretó con fuerza las mandíbulas en un supremo esfuerzo por tranquilizarse.

—¡La madre que lo parió! —explotó al fin.

—¿Qué ha ocurrido?

—Según ese cretino «estoy utilizando una forma de actuar que transmite propaganda subversiva por medio de una mirada o una inflexión de voz».

—Ésa es la célebre frase que pronunció Adolphe Menjou ante el tribunal de MacCarthy cuando la Caza de Brujas de Hollywood, aunque no me cabe en la cabeza que el memo de Fernando Baeza la conozca y sea capaz de aplicarla.

Fue tan sólo entonces cuando Julia reparó en la presencia de Mauro, que había permanecido semioculto tras una de las cámaras, y no pudo evitar sentirse sinceramente sorprendida.

—¿Cómo tú por aquí...? —quiso saber—. Habías jurado no volver a pisar un estudio de televisión en tu vida.

—De pronto recordé que tienes el coche en el taller —fue la poco convincente respuesta, y como tuvo la impresión de que no le había creído, añadió—: Y quería saber cómo había ido la entrevista.

—Pues ya lo has oído. —Julia hizo un gesto señalando repetidas veces a Sebastián y a sí misma—. Volverán a gra-

barla, pero sin nosotros.

CAPÍTULO II

Durante casi veinte minutos permanecieron en silencio, Mauro conduciendo absorto y su mujer fumando sin prestar atención a la sinuosa carretera que serpenteaba entre gruesos árboles, y que había recorrido casi a diario desde que empezara a trabajar en la Santa Casa, hacía ya dieciocho largos años.

Julia Andrade no podía evitar recordar con cierta nostalgia la hermosa época en que aún se ponía nerviosa cuando estaba a punto de llegar a los estudios, ilusionada por el hecho de saber que le esperaba un sinfín de noticias que debía seleccionar y analizar para ofrecérselas al espectador de una forma amena, exacta y concisa.

Durante años pretendió transformar el simple hecho de hablar ante una cámara en un arte en el que sus palabras transmitiesen emoción, alegría, tristeza o desilusión según el texto que se viera obligada a leer, luchando jornada tras jornada por convertirse en el rostro amigo que millones de personas esperaban encontrar cuando llegaban a sus casas, y que los mantenía al corriente de cuanto ocurría en el mundo con una naturalidad y una sinceridad que habían acabado por convertirla en la indiscutible estrella de los telediaros.

Pero ahora de aquella vieja ilusión nada quedaba.

De aquélla y de otras muchas, quizá la mayoría, y Julia se preguntaba a menudo en qué momento exacto de su vida comenzó a comprender que el suyo no era un «sacerdo-